

*Artículo. Número especial
'Etnografías de la pandemia por
coronavirus'*

Acontecimiento y control social. El Régimen de confinamiento durante el Covid-19

JOSÉ-LUIS ANTA FÉLEZ¹

 <https://orcid.org/0000-0001-7063-5288>

Universidad de Jaén, España

perifèria

revistes.uab.cat/periferia



Junio 2020

Para citar este artículo:

Anta, J-L. (2020). Acontecimiento y control social. El Régimen de confinamiento durante el Covid-19. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia*, 25(2), pp.216-226, <https://doi.org/10.5565/rev/periferia.745>

Resumen

En España, siguiendo las recomendaciones médicas internacionales, durante la pandemia producida por el Covid-19 se tomó la decisión de decretar el Estado de Alarma, que terminó por confinar en sus casas a la población civil durante meses, con unas duras normativas de control y seguimiento. Esto se produjo tanto en la idea de que los ciudadanos estaban disciplinados, como en la firme creencia en las normalizaciones de la vida cotidiana. Aquí analizamos brevemente el acontecimiento que produce la necropolítica, las preguntas que genera la dominación social, en forma de control médico-jurídico, y las formas de vida en un Régimen de confinamiento.

Palabras clave: pandemia; acontecimiento; Régimen de confinamiento; disciplinamiento; cotidianidad.

Abstract: *Event and social control. The Confinement Regime during Covid-19*

In Spain, following international medical recommendations, during the pandemic produced by Covid-19, the decision was made to decree the State of Alarm, which

¹ Contacto: José-Luis Anta Félez – jlanta@ujaen.es



ended up confining the civilian population to their homes for months, with harsh control and tracing. This occurred both in the idea that citizens were disciplined, as well as through the firm belief in the normalizations of daily life. This article briefly analyses the event produced by *necropolitics*, the questions generated by social domination, in the form of medical-legal control, and the ways of life in a regime of confinement.

Keywords: pandemic; event; confinement Regime; discipline; every day.

I.

El gobierno español nos ha encerrado en casa como prevención del brote de Covid-19. Utilizando todos los medios que están a su alcance, tanto jurídicos, como de propaganda, ha conseguido disciplinar a la inmensa mayoría de la gente. ¿Cómo ha funcionado la biopolítica que ha terminado por hacer del encierro, una técnica propia de las sociedades disciplinares, una forma de control social? De hecho, ¿no es sospechoso que se utilice el encierro para controlar un brote vírico, elementos todos, propios de la sociedad del siglo XIX, origen de la consolidación del capitalismo como forma social y económica hegemónica? ¿Afecta a todos por igual? ¿No hay en todo ello un efecto de clase, de edad, de género e incluso de adscripción étnica? Es obvio que el Covid-19 es una realidad que mata, de alguna manera enferma y recrea los principios de cómo nos organizamos como sociedad, cuáles son nuestros principios económicos y administrativos, en definitiva, cómo son nuestros valores como conjunto ciudadano. Pero también, es una enorme metáfora del funcionamiento interno de nuestra sociedad y de cuáles son, no sólo las trampas de vivir en esta sociedad, sino de las maneras en cómo la codicia y la asimetría, la precariedad y la parcialización se manifiestan entre nosotros y, en definitiva, no son sólo enormes consecuencias del postcapitalismo, sino las razones mismas de una sociedad basada en el máximo grado de desesperanza, violencia y descomposición (Amadeo, 2020a; Berardi, 2020; De Sousa Santos, 2020).

Por otro lado, el encierro se produce en una cadena compleja de acciones y reacciones donde la fe ciega e insana en la razón médica, en el Estado de Derecho, basado en la defensa a ultranza de la propiedad privada, la medicina como lugar de llegada y no como intermediación ante la enfermedad, y el sistema de que el Estado, con sus

herramientas basadas en el control de la educación, la movilidad y la sanidad, son el centro de un discurso que termina por centrarse en el encierro como una medida donde se aúnan la tecnología de la disciplina, el miedo y el control policial. En definitiva, por medio de la gestión de los riesgos en forma de política económica, se torna en un control de la vida social total de las personas (Deleuze, 2006; Foucault, 2007), que ven su libertad reducida a lo que puedan adquirir, a lo que puedan desarrollar en el marco intenso de la economía de mercado, que en definitiva no se toca, sino que se amplía a los que pueden generar mayor nivel de producción/consumo.

Pero este encierro tiene un componente muy novedoso, las nuevas tecnologías y el uso de los informativos y los medios de comunicación como clave para generar un nuevo Estado, un estado de opinión. El encierro es compartido virtualmente por medio de los móviles, las tabletas y los ordenadores, que no encierra a la gente frente a su silencio, sino frente a la verdad política compartida en las cadenas de mensajes, de bromas en forma de chistes fáciles y de datos, millones de datos que se generan y cambian por minutos. Si el Covid-19 es la causa del encierro de los ciudadanos en sus casas, no lo hace por la opinión que genera, ya que esta es obviamente parte de intereses comerciales, políticos y culturales que de alguna manera se dan en la expansión de las redes como único centro de la vida. El encierro, consecuentemente, no es tanto una negación de la libertad, que lo es, sino una forma de expansionar una vida en las tecnologías de la comunicación masiva y el control sistémico.

Podríamos decir que este encierro es de alguna manera un ensayo de la sociedad total, de la vida en la ciudad futura. Es obviamente un advenimiento, un simple y breve ensayo de lo que será nuestra vida desde ahora. Pero la vida encerrada tiene un espacio propio, el laboratorio. Lo que ahora mismo ocurre es una vida de laboratorio, somos la contención y posibilidad del mismo centro del virus. La realidad Covid-19 es una metáfora de los humanos como forma vírica para el planeta. A últimas, nos preguntaremos qué ha ocurrido. Si de verdad esto ha valido para que el capitalismo ensaye y nos utilice como forma social nueva, tenemos que tener la sensación de que no ha ocurrido nada, que el Estado, las grandes empresas y el disciplinamiento social, las medidas sociosanitarias y el Estado policial han funcionado en la gestión del riesgo hasta dar con su resolución. El encierro tiene que ser visto como un sacrificio, parte de una fe religiosa en las formas del neoliberalismo. Y llegar

a la conclusión de que todo sigue igual, aunque sea igual a un mundo que ya no lo es.

Encerrar a millones de personas, de todo tipo y condición, en sus hogares durante meses requiere no sólo un fuerte convencimiento por parte de los encerrados, más un aparato represivo y controlador por parte de los encerradores, sino también toda una tecnología que plantee los cómo, el cuándo, los quién; toda una serie de causas-efectos que, tras un proceso complejo y poco lineal, dan como resultado una normalización del encierro. Además de una creencia clara en las bondades de los grupos hegemónicos. Esta tecnología del encierro está, además, atravesada por otras muchas tecnologías contemporáneas de la comunicación, el control, las subjetividades (el miedo, la desesperación, el tedio...) y el disciplinamiento; que sirven tanto de limitadores de la tecnología del encierro, cuanto más a su construcción como aparatos de captura. Tecnologías trampa que fijan a los sujetos en torno a una normalización social y política en un espacio al que se ven abocados a "única" realidad.

La aparición de la amenaza del Covid-19 en enero de 2020 y su conversión en una pandemia en los meses posteriores, aunque con unas particularidades espaciales en forma de infección-contagio y peligro nacional-local, supuso la toma de decisiones por parte de los diferentes gobiernos de un encierro con la clara intención de evitar lo peor de los contactos cara a cara. En España, como casi en todos los países del planeta, la previsión de este tipo de emergencias estaba regulada en la Constitución, que daba unos poderes especiales al Gobierno para que actuara en función de un encierro que no sólo tenía como causa la pandemia, sino unas consecuencias en forma de vidas rotas, paradas, encerradas, rupturas económicas, recesión y control social en forma de represión policial y pérdida de derechos fundamentales (Amadeo, 2020b). Esto no es tan fácil de explicar, ya que se dan varios planos de análisis, donde el más obvio, el encierro, no escondía la lucha sin cuartel de las nuevas formas de fascismo (representadas en la extrema derecha) imperantes en Europa y de las que España no se ha librado, o las oportunidades de generar nuevas formas económicas que seguramente ahonden en nuevas y complejas formas de una economía neoliberal. Pero, además, está el imaginario de elementos que, por un lado, sólo eran metafóricos, el enorme poder del ejercicio de la medicina occidental, y por otro, un extraño juego con la muerte, en casi todos los casos con producción de

relatos de heroicidad y a la vez de dolor-frustración. El momento *necropolítico* de todo este Régimen de confinamiento no se ve en el juego obvio de las biopolíticas, sino en el acto de colonialismo de la muerte, en la decisión política de quién y cómo se muere (Mbembe, 2011; Zizek, 2020).

Todos estos elementos, normatividades, momentos, estados, prácticas y subjetividades son lo que entendemos por Régimen de confinamiento, una manera concreta de producir un producto tecno-político que concentra sobre los cuerpos una normatividad de parálisis y desmovilización. Encierro en la medida que se cuenta con una cierta idea de voluntariedad y disciplinamiento, encerramiento, en la medida que se da dentro de un marco normativo de obligatoriedad. Pero el Régimen de confinamiento se mueve bajo una lógica concreta que aquí llamaremos tecnologías del encierro. Durante años viví y pensé diferentes formas de encierro, desde aquellos que se producen al interior de las instituciones totales (Goffman, 1972), cuarteles, cárceles y hospitales psiquiátricos, hasta aquellos que de una manera u otra significaban encerrarme en espacios de confinamiento más abiertos, como el desierto de Atacama donde hice trabajo de campo, o mi vida en espacios cerrados de encapsulamiento social, autobuses, aviones o trenes. Incluso, conocía el confinamiento en el hogar, por arrestos domiciliarios o porque he tenido que trabajar largas temporadas en preparar extensos textos o con mis diferentes oposiciones. El encierro, así como el encerramiento, no me eran exactamente desconocidos cuando el Gobierno español con un decreto ley me obligó a quedarme en casa como medida de estado de emergencia sanitaria. Pero había alguna particularidad esta vez que lo hacía diferente. El encierro es colectivo, es de todos, además se mueve en una lógica compleja de realidades socio-tecnológicas múltiples y rizomáticas, aparentemente una maraña que sólo se ordena en la obligación de tener un horario, cumplir formalmente con la familia o ver lo qué pasa, todo con una clara intención de mandamiento, de “deber ser”. De hecho, esta tecnología del encierro se basa en ese mandato moral: en el que hay que obedecer como único principio de mantenimiento de la vida. Pero, ¿obedece todo el mundo?, ¿no hay resistencias?, ¿no hay otras miradas? Incluso, ¿está todo el mundo en disposición de obedecer? Un buen número de políticos, de gentes adscritas a grupos sociales más o menos extremos no quiere obedecer. Incluso, hay mucha gente que vive de la calle, de hacer del espacio público su espacio, desde bares a prostitutas, desde camellos que viven de la distribución de

narcóticos en forma de menudeo a mercados ambulantes, desde pequeños rateros y carteristas a disciplinados corredores en brillantes chándales de colores.

II.

En la letra de *Autosuficiencia*, del desaparecido y recordado grupo de Eduardo Benavente, Parálisis Permanente, se planteaba el encierro como una condición social de ausencia, un querer no volver a nada que desde fuera te pueda contaminar: "Encerrado en mi casa/Todo me da igual/Ya no necesito a nadie/No saldré jamás/Ahora soy independiente/Ya no necesito gente/Ya soy autosuficiente/Ai fin/Me miro en el espejo y soy feliz". Es la cara visible y narrable de la pandemia, a diferencia de lo que ocurre fuera, tan bien reflejado en el documental de "Homo Sapiens" (2016) de Nikolaus Geyrhalter, donde los restos de la obra humana son lentamente devorados por la misma naturaleza que el progreso ponía a su servicio (Luca, 2019). De la misma manera en este encierro nosotros nos planteamos qué es la pureza, qué es aquello de lo que no nos queremos contaminar ni queremos transmitir. Y hemos sido confinados, encerrados de manera que conservemos el estado inicial, un antes. Filosóficamente es muy sugestivo, porque este encierro se hace en juegos de pares muy interesantes, de donde destaca el de pureza-peligro. Pero este es un viejo tema muy conocido por los antropólogos. Mary Douglas (1973) le dedicó un libro, de donde el concepto del gobierno del miedo es la clave de esta dualidad; de hecho, para la economía política ha sido un tema central, el juego de miedos a la pureza perdida y al peligro que se anuncia. La novedad, consecuentemente, es aparentemente la solución: el encierro colectivo. Ya no es una cuestión de separar el mal, simbolizar al infectado, sino establecer una separación radical de lo social, apelando a las viejas instituciones, siempre aparentemente primigenias y puras, de la familiar y el hogar. En efecto, lo social se reduce a un confinamiento en casa como si este fuera un universal, como si el hogar no fuera también un espacio de diversidades y donde la violencia se estructura hasta convertirse en una realidad compleja, casi incomprensible.

Además, está la idea de que lo contaminante está en la calle, en el exterior. En encierro se establecen constantemente elementos de carácter binario que, si bien, permiten explicar y actuar sobre la realidad de manera rápida, son una enorme

simplificación en torno a elementos simplistas e ideológicamente muy cercanos a la economía de mercado capitalista. Lo binario no se da, consecuentemente, como una realidad aparte, sino en un contexto donde el Covid-19 se contextualiza en la sociedad de y para mercado: en forma de mascarillas, papel higiénico o productos de Amazon, pero también en modelos de trabajo precario o las relaciones con las nuevas formas de comprar.

Como todo encierro se establece sobre una doble condición: cómo operar en un presente que se hace constante y cómo prevé el presente que se vivirá en el futuro. Por otra parte, el encierro tiene que establecerse en el contenido de qué provisiones materiales, sociales, y culturales se tienen y cómo se afrontan en ese presente constante, además operado siempre sobre el mismo espacio. Es la aparición del *acontecimiento* (Badiou, 1999), como quiebra del campo del saber de una situación, que emerge como una verdad no considerada por el saber de la situación misma. En este sentido el acontecimiento del Covid-19 no es el encierro, sino la muerte. En efecto, el encierro es el agotamiento del modelo capitalista basado en la expansión constante de la energía proveniente de los recursos fósiles. Es evidente que estamos encerrados en la medida que se opera sobre cuerpos, sobre formas disciplinadas de carne que en su encierro se hace putrefacta. El encierro es una intervención sobre las corporalidades, encierra los cuerpos en un espacio que se convierte en su única dimensión, llevando el "alma" a un aburrimiento, a una repetición que sólo se alimenta de lo que viene por medio de una red externa. Un cuerpo vinculado por las redes sociales, manipulado en el encierro e intervenido en su información. Se lee en las redes, se ven mensajes donde se dice que después de esto no seremos los mismos, incluso, algunos dicen que seremos mejores. No importa, nos ocupa la idea de que después de esto seremos distintos, pues asumimos el encierro en la medida que se trata de un ritual de paso, una forma de *passage* que opera para transformar lo individual en el centro mismo de lo social (Bourdieu, 1993).

Pero también se muestra en las redes sociales que sigo, donde están muchos de mis conocidos en su cotidianidad: que leen, escriben, pintan, ven series y cuelgan cosas graciosas, mensajes moralizantes y aparentes gestos de disciplinamiento social, bajo la idea de "quédate en casa". Donde aparentemente no ocurre nada, no se hace nada que socialmente pueda ser censurado, no se aprovecha para pensar en *ser* otros, se trata de esperar que ocurra algo externo que les saque de aquí. Cerrados sobre esa

idea de ser “flores de interior” (García de León, 2020), elementos maquinales sin más capacidad de florecer en lo cotidiano del hogar y sin más belleza que la de no poder reconocer el exterior. Un disciplinamiento, en última instancia paradójico, que se ha visto reforzado en un reconocimiento público (en forma de aplausos en los balcones) a los sanitarios y policías, en última instancia los legítimos dueños del orden social, que han visto cómo se afianza su aparato controlador y represivo.

En efecto, bajo la apariencia de una responsabilidad ciudadana se encuentra un estado de opresión social, moralizante y policial. El campo social (Bourdieu; Wacquant, 1995) de este encierro es una de acción claramente policial y de estructuración de una política del control y el gobierno de los cuerpos. Por eso mismo, cuando mis vecinos hacen una fiesta a mí me molesta, es obvio que opera en mí la idea de asumir un estado de control, el campo de acción es la subjetividad, lo tengo claro, el encierro genera una subjetividad delegada de los intereses del Estado y su estructura postcapitalista. Clave de todo esto parecen las ideas de Cornelius Castoriadis (2013) en la medida que la disputa, la autonomía y el dilucidar pierden sentido en el encierro, la disputa por una sociedad civil autónoma y participante se dejan de lado por la urgencia, la idea de felicidad se torna algo extraño, pues ya no responde al alejamiento del trabajo, sino en la falsedad de que hay algo fuera de él.

III.

la idea de limitación se convierte en la trampa de la posible liberación, se nos dice que se nos está salvando de algo y se nos encierra con y en una pedagogía. Se nos confina frente al posible momento de (auto)limitación que nos tendría que animar a normalizar esta realidad de control. Es obvio que hemos entrado en una época de ausencia de límites en todos los aspectos, y es por esto que sentimos quizás que muchas personas tengan un deseo de infinitud. Si la liberación es, en un sentido, una gran conquista lo es en la medida en que aprendemos a autolimitarnos, individual y colectivamente. La sociedad postcapitalista es una sociedad que corre hacia el abismo, desde todos los puntos de vista, porque no es capaz de autolimitarse. Y esto es importante ponerlo en la agenda política, porque en el encierro no nos limitamos, por el contrario, nos extralimitamos con los demás, con lo social, pensamos el espacio frente a la ética de lo común: ahora un virus que mata, pero abusando del sistema

sanitario y sin parar de comprar en las grandes plataformas virtuales de distribución. Y esto es parte de lo que me molesta de la fiesta de al lado, que no se están pensando su encierro como algo que tiene que permitirnos limitarnos, sino que en este caso lo hacen como expansión de su familia, de su amistad, de su festividad como consumo.

En este encierro hay claramente una idea de enfrentamiento, de ataque, a la cotidianidad que no termina por encajar en el esquema lógico de la política cotidiana: estar en casa e informarse de lo que ocurre fuera no nos permite abordar un ritmo. Pero es que, a lo mejor, la casa y lo cotidiano eran un enorme mito que operaba en la misma medida que lo hacía el amor romántico para ciertas partes del conjunto social. Pensábamos en lo cotidiano sin darnos cuenta que no es sino un enorme decorado en que nos planteaban la idea de mercado.

De alguna manera este encierro, y las tecnologías sociales que lo acompañan, nos plantea un montón de preguntas con respecto a la vida anormal en que vivíamos antes de que ocurriera todo esto². Nuestras relaciones, formas de consumo y toma de decisiones, y cómo no, el normal funcionamiento de las instituciones tradicionales, que de alguna manera han mostrado su trasfondo ideológico, cuando no directamente su inutilidad. Pensaba, por ejemplo, y por ser lo más obvio, en el fútbol —aunque perfectamente podría ser el automóvil como espacio total de la veneración del capitalismo contemporáneo—, como espectáculo de masas, relevado durante el confinamiento a una memoria de un pasado casi lejano; y claro que volverá, pero sólo como un espejismo de lo inútil que son ciertas verdades cuando se han apropiado de la realidad para hacerlas puramente un espectáculo. Y, sobre todo esto la escuela, indiscutible realidad que nos ha revelado que es sólo un espacio disciplinar, muy alejado de los contenidos educativos y culturales. Hacemos con los niños dictados y elementos de educación básica, obviamente estamos determinando que estos momentos permiten para regresar a un espacio familiar educativo y valorativo. Pero es evidente que el encierro pone a prueba las dimensiones desde dónde y con qué espacios, así como los tiempos, *funciona* una casa; y cómo, en cierta medida, se

² He hablado mucho con un grupo de amigos sobre lo que nos ha ocurrido, gracias por compartir pensamientos a Almudena García Manso, Ana Martínez Roderó, Eleder Piñeiro, Romina Grana, David Lagunas, Javier Eloy Martínez Guirao y Carlos Massé. De la misma manera a la editorial Polity que tuvo a bien enviarme un temprano ejemplar del último libro de Slavoj Žižek.

contraponen a las ideas del imaginario familiar con la realidad de la convivencia, en un espacio común de diferentes personalidades, edades y formas de afrontar el mundo.

Hemos sido movidos como sociedad a un encierro que pospone la vida a un mundo donde la verdad y la realidad se desvinculan, la política ya no es el arte de gobernar, sino el hecho de establecer la aplicación del obedecer. Estar encerrados es también la posibilidad de conocer otra naturaleza, ya que no sólo vivimos bajo la idea de lo artificial, donde los animales y las plantas se convierten en algo lejano y distante, algo que no tiene un correlato en lo real sino en una imagen, en una opción en nuestra vida subsumida al espectáculo de internet. Y así, podemos decir que este Régimen de confinamiento nos ha interpelado a todos con algo nuevo: somos puramente artificiales, simbólicos y metafóricos, por eso lo único que nos puede redimir del encierro es pensar en un destino colectivo, la apuesta por los bienes comunes, el retorno al mandato de la naturaleza y la vida intensa en un mundo sin futuro. Ya veremos.

Bibliografía

- Amadeo, P. (edit.). (2020a). *Sopa de Wuhan*. La Plata: ASPO.
<https://www.elextremosur.com/nota/23685-sopa-de-wuhan-el-libro-completo-y-gratis-para-leer-sobre-el-coronavirus/>
- Amadeo, P. (edit.). (2020b). *La fiebre*. La Plata: ASPO.
<https://drive.google.com/file/d/1k-YzHu9LgPajOuqz8WS5XKjfbj-EqAvM/view>
- Badiou, A. (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- Berdardi, F. (2020). *Crónica de la psicodéflación*. Extraído de
<https://cajanegraeditora.com.ar/blog/cronica-de-la-psicodéflacion/>
- Bourdieu, P. (1993). Los ritos como actos de institución. En J. Pitt-Rivers y J. G. Peristiany (Eds.), *Honor y gracia* (pp. 111-123). Madrid: Alianza.
- Bourdieu, P. & Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Castoriadis, C. (2013). *Quelle démocratie?* París: Éditions du Sandre.

- De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.
- Douglas, M. (1973). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI.
- Deleuze, G. (2012). Post-scriptum sobre las sociedades de control. *Polis. Revista Latinoamericana* (13).
- <http://journals.openedition.org/polis/5509>
- De Luca, T. (2019). The End of the World Viewed, or The Wind in the Things: On Nikolaus Geyrhalter's Homo Sapiens. *Discourse: Journal for Theoretical Studies in Media and Culture*: 41, 1: 112-141. <https://digitalcommons.wayne.edu/discourse/vol41/iss1/5>
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.
- García de León, M.A. (2020). *Estado de Sitio (primavera de 2020)*. Madrid: Pigmalión.
- Goffman, E. (1972). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- Zizek, S. (2020). *Pandemic!: COVID-19 Shakes the World*. Cambridge: Polity.